

como los de Gran Bretaña, Francia, Italia; provisionales y en condiciones difíciles de establecimiento, como los de Portugal o Grecia. Las oposiciones han crecido y están comenzando a fraguarse. En Francia, por la vía electoral: la izquierda adormilada del verano pasado es éste una izquierda activa y unida, que tiene la mitad del país a su lado, que podrá tener más en cuanto haya elecciones nuevas, más votantes aportados por el gran río del descontento social. En Italia, por la vía del referéndum del divorcio, episodio insólito que ha demostrado la torpeza, la incongruencia, la inconsecuencia de la democracia cristiana que domina el poder. Esta izquierda, mimética como todo movimiento político que busca en otros los ejemplos para seguir su pauta, se había fijado en cómo Allende conseguía la Unidad Popular para asaltar la fortaleza pétreo de una derecha que de ninguna manera renunciaba a sus privilegios —el propio Mitterrand fue a Chile para aprenderse la lección—, y se fijó después, con el mismo exceso de paralelismos, en cómo la derecha se tomaba su revancha y ponía sangre donde hubo esperanzas. Ya se ha olvidado de Chile. Ahora la izquierda se busca en Portugal y en sus sistemas, en las dosificaciones de su gobierno, en cómo alcanzar un poder sin destruir lo válido. Y la derecha se fija en Grecia, y en las habilidades de Karamanlis y su gobierno de concentración nacional, en sus negociaciones con sus militares y con el exterior: el manual de cómo cambiar una situación de derecha pura sin que la derecha de fondo sufra demasiado. O se fija en Francia, donde Giscard ensaya un reformismo ilusorio por una teoría que no le va a resultar: la de la política preventiva, la de cómo desmontar la bomba de los acontecimientos antes de que le estallen en las manos (y le están estallando en lugares, en los flancos que menos tenía previstos). Se buscan fórmulas, se buscan modelos, se buscan hombres. Cada país parece buscarlos fuera de sí mismo, cada grupo político intenta imitar a otros. Dentro de sí mismos, los países de occidente sólo sienten la quemazón de la crisis.

PARECE que hay que decir adiós a los años fáciles. Fáciles para quienes lo fuesen. Para portugueses y griegos fueron, en inmensa mayoría, los años más difíciles de las generaciones vivas. Para grandes zonas sociales e intelectuales de Europa lo han sido también. Al referirse a los años fáciles se está asumiendo la situación de una burguesía dominante y establecida en Europa, la burguesía de la guerra fría, con sus nuevas clases ascendentes y su larga tropa de consumistas. La restricción de las vacaciones de este año ha sido un primer aldabonzado serio en las puertas psicológicas de estas nuevas clases. Van a encontrarse las puertas forzadas antes de que termine el año. Por lo dos extremos que más temen las burguesías, las clases medias: por abajo, donde los trabajadores se agitan porque las pérdidas, para ellos, son vitales, y por el capital, que comienza a tomar medidas restrictivas de seguridad.

PARECE difícil que una economía de consumo, basada en la creación de necesidades para colocar su producción, pueda llegar a dar marcha atrás y regresar a su punto de partida, el de producir lo necesario para cubrir las demandas. Parece difícil que las bases de la actual inflación puedan contenerse. Lo que está en quiebra es todo un gran sistema inventado por los Estados Unidos y fuente de su gran imperio mundial; cuidado, lo que está en quiebra no es Estados Unidos, sino el sistema provincial de los Estados Unidos, que ha necesitado dar unas cuantas vueltas de tornillo para ajustar ciertas exigencias reales del tercer mundo a cierta ambición de consumo del mundo europeo, sin que perturbe su propia situación, y aun aceptando algunas mejoras para sí mismo. Por eso un fenómeno enormemente interesante es la evolución interior de Estados Unidos. A nadie se le oculta que el fondo del «impeachment» no es una acción determinada contra el presidente Nixon y un grupo de políticos que dentaban el poder de una manera abusiva e individual, sino el intento de cambio de unas formas autocráticas a unas formas más democráticas. De la forma en que lo consiga, de la verdadera configuración real que pueda dar a su política global si Nixon desaparece y cuando el electorado americano sea llamado a pronunciarse en condiciones de opción que no ha tenido realmente hasta ahora desde la época de Roosevelt —salvo el intermedio de Kennedy, que por algo duró tan poco— puede variar el reflejo imperial. Ese reflejo imperial que está en el punto de partida de todas estas alteraciones que nos parecen caóticas en el mundo de su influencia.

SEPTIEMBRE, octubre, marcarán, algunas pautas más visibles. Si los cambios sucedidos en el mundo desde el verano pasado son asombrosos, los que puedan iniciarse a partir del final de las vacaciones europeas pueden ser el principio de otros muchos más espectaculares, mucho más reales.

LOS CoNteM poRa nEoS

LA DEMOCRACIA, DESDE LUEGO, NO ES UNA MUJER

"La democracia es una mujer", ha dicho el restaurador de democracia griega Karamanlis. La Oprimida lee la frase con una mueca de repugnancia. "Es una declaración machista. Y antide-mócrata. Parte de la vieja suposición de que la mujer es ligera,

inconstante, esquiva, fluida, móvil...". "Piuma al viento". "¡Odioso Rigoletto!", comenta. Y prosigue: "Imagina a Indira Gandhi o Golda Meir diciendo que el fascismo es un hombre". "O a María Estela Martínez" "O a... María Estela Martínez. ¿Qué pensarías?". "No es lo mismo. El fascismo es intrínsecamente malo, como se dice ahora, y la democracia es algo con lo que se puede flirtear...". Se exalta la Oprimida: "No se puede ni se debe flirtear con la democracia ni con la mujer. Flirtear es una situación absurda, denigrante para el sujeto y para el objeto". Cuando la Oprimida se exalta, hay que respetarla. Y cuando no se exalta, también, por supuesto. Como a la democracia, con perdón.

Pero el desdichado Karamanlis no se ha limitado a esa frase. Ha hecho algo peor: la ha explicado. Según él, hay tres tipos de mujer: la nórdica, la anglosajona y la mediterránea. Corresponderían a tres tipos de democracia. Y ha hecho esta frase terrible: "La peor de todas es la mediterránea. En cuanto a la mejor, me reservo mi opinión". Siendo la Oprimida mediterránea, ella y yo no podemos compartir esta opinión. "Melina Mercouri le hará tragar esas palabras", dice ella, que ha leído el fantástico libro de la fogosa, inteligente, vital demócrata griega. Sospecho que sí. "Además de sexista es racista. La democracia la inventaron los mediterráneos, y anduvo entre griegos y romanos, a quienes se debe la ideación de la libertad como ente abstracto que hay que concretar, cuando los escandinavos no eran más que unas hordas vikingas con cuernos en la cabeza; los bárbaros del Norte fueron los que estropearon la democracia mediterránea... Se empieza con estas frasecitas y se termina con la idea de que estos pueblos no están preparados para la democracia y el truco de que no están todavía maduros...". "¿Tú no crees que

los pueblos mediterráneos no estamos maduros para la democracia?". "No, pero creo que nuestras clases dirigentes no están maduras. No saben cómo manejarla. Aunque les convenga. Sueñan con ella, les atrae, les fascina. Quisieran tenerla, pero al

mismo tiempo les da miedo, temen que les domine, que les haga perder su omnimoda facultad de hacer y deshacer, de mandar y disponer...". Pienso que Karamanlis, a lo mejor, tiene alguna razón. Pero, desde luego, no lo digo. La Oprimida continúa: "Las clases dirigentes mediterráneas tienen complejo de democracia. Querrían tenerla y no tenerla al mismo tiempo". "¿Quizá eso se pueda resolver con una inteligente ley de asociaciones como la que propugnan nuestros mejores Demóstenes, con una cómoda ley electoral como la que sugiere nuestro mejor Silva Muñoz...". "Tonterías, sucedáneos. Con la democracia, como con la mujer, se está o no se está". Vaya, ya ha caído la Oprimida en la trampa Karamanlis. Y dice: "No hay términos medios. El 'petting' en el asiento del automóvil es cosa de estudiantes americanos; se quedan frustrados y agotados, y luego hacen una democracia como la de Nixon y los dieciséis encarcerados de Watergate". "Pero la democracia-mujer, ¿es una esposa, una amante, una amiga? ¿Una madre, una hermana? ¿Una virginal dama de nuestros pensamientos, dulcinata, imaginada?". "Esas clasificaciones no tienen sentido y son sexistas. Una mujer es una mujer, y no admite proyecciones machistas, no es mujer-para-un-hombre y según la relación que tiene con éste, sino para todo. Como la democracia. No es la democracia de cada cual, sino la de todos. Y lo mismo da que sea anglosajona o nórdica que mediterránea...". "Pero quizá coincidiera con Karamanlis...". "De ninguna manera. Me he puesto en su hipótesis de trabajo, y eso es todo. Pero nada de Karamanlis. No te fies de él. Estos restauradores de la democracia son siempre melifluos y delicuescentes. ¡No te fies de Karamanlis ni de Spínola!".

Y yo, si la Oprimida me dice que no me fie de alguien, no me fio. O, por lo menos, me callo.

POZUELO